

JOSÉ ANTONIO PASCUAL y RAFAEL GARCÍA PÉREZ
Límites y horizontes en un diccionario histórico
Salamanca: Ediciones de la Diputación de Salamanca
2007, 220 páginas.

Es sabido que el *Diccionario Histórico de la Lengua Española* (en adelante, *DH*) es el más renombrado de los proyectos inconclusos de la lingüística hispánica. La especie de ‘maldición’ que pesa sobre él tiene consecuencias tanto más desastrosas cuanto el español sigue siendo la única de las grandes lenguas de cultura modernas que carece de una obra de este tipo, con los consiguientes vacíos que provoca en los fundamentos de otras disciplinas como la filología y la lexicología.

Han sido varios los autores que se han encargado de registrar en los anales de la historiografía lingüística los avatares por los que ha atravesado este proyecto, entre los cuales hay muchos sucesos ajenos por completo a los problemas propiamente lingüísticos y filológicos esperables en cualquier diccionario de esta envergadura. En esta ocasión, dos de los encargados de coordinar el proyecto en su versión del nuevo milenio explican algunos de los fundamentos teóricos y metodológicos, lo que representa ya una gran novedad en la historia del proyecto, y, además, tratan de explicar cómo y por qué no van a caer en los mismos problemas de gestión que impidieron la consecución del proyecto con anterioridad. Los autores son José Antonio Pascual, actual director del proyecto, y Rafael García Pérez, discípulo y colaborador de Pascual en la coordinación del *Nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española* (en adelante, *NDH*), que se está realizando en el seno del Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española. El volumen contiene una serie de ensayos, agrupados temáticamente, que han sido o bien publicados con anterioridad en revistas especializadas, o bien presentados en congresos o seminarios. Uno de los fines de la edición de este volumen es informar, a manera de “primicia”, sobre algunos de los aspectos principales del proceso de elaboración de esta obra. El interés fundamental, por ahora, radica en cuestiones teóricas y de planificación del diccionario. Las cuestiones de técnica lexicográfica, como confiesa Pascual (p. 33), aún no han sido decididas por completo, puesto que la plasmación del análisis en artículos será una de las últimas tareas del proyecto. Por ello, en este libro dicho asunto ocupa un lugar más bien marginal.

Según la información contenida en este libro y la que hemos obtenido de otras fuentes, al menos tres grandes características definen al *NDH* como una obra sui generis en la lexicografía histórica hispánica: 1) la consideración explícita del carácter estructurado del léxico, 2) la concepción modular y concéntrica del trabajo, y 3) el soporte informatizado, tanto de su elaboración como del producto final. El primer punto lo explicaremos cuando revisemos los ensayos correspondientes a la primera parte del libro. A continuación ahondaremos en los dos últimos.

Como ya hemos señalado, los grandes problemas del *DH* se relacionaban con la planificación y la gestión del trabajo. En este nuevo proyecto, se han tomado decisiones orientadas a evitar proyecciones exorbitantes en cuanto al tiempo de finalización,

y todas pretenden conducir a un trabajo en etapas sucesivas y con dirección núcleo-periferia. Gracias a esto, se estima que la primera etapa de trabajo durará alrededor de quince años. Estas decisiones tienen que ver principalmente con la conformación de un corpus informatizado y la selección restrictiva de materiales léxicos.

En cuanto a la base empírica textual, la RAE ha encomendado a su Departamento de Informática la confección de un corpus en soporte digital constituido por textos que se consideran fundamentales para la historia textual del español y que representan un subconjunto selecto de los materiales del CORDE, más algunos otros textos que faltaban y otros que han sido editados de una forma más adecuada y por lo tanto merecían ser reingresados. Para esto, la RAE ha establecido convenios y acuerdos de colaboración con varias instituciones académicas españolas, las cuales han contribuido de forma importante en la pesada tarea de transcribir y codificar los textos según las convenciones adoptadas por el proyecto y, en general, en los corpus de la RAE. Lo importante de esto es que, por un lado, un corpus informatizado conlleva una posibilidad de explotación de los materiales en dimensiones que eran impensables para el *DH*. Por otra parte, esta selección de documentos reduce considerablemente la masa textual y, por tanto, la cantidad de unidades léxicas que serán objeto de descripción, sin mermar en forma considerable la cantidad de documentaciones que servirán de base para el análisis lexicológico. De todos modos, Pascual señala (p. 24) que no quieren hacer un “diccionario de corpus”, y que harán uso también de muchas fuentes lexicográficas y lexicológicas disponibles. Respecto al resultado de esta primera etapa, será publicado asimismo en formato electrónico, lo cual parece bastante razonable dado su carácter provisional. No se señala claramente si, en particular, se tratará de algún medio de almacenamiento digital de lectura óptica o si se accederá al producto a través de la red informática mundial, aunque hay algunas pistas que apuntan a que la última solución es la que se implementará.

En cuanto a la selección de unidades léxicas, además del descarte automático que conlleva el diseño del corpus, es muy importante el hecho de que el trabajo no se hará alfabéticamente, aunque la macroestructura del *NDH* sí tenga finalmente tal orden. Se sabe que uno de los aspectos que impedía procurar el avance constante y a pie firme del antiguo proyecto era el hecho de empezar por la primera letra del alfabeto latino, método que, si puede ser criticado al momento de disponer los materiales en su presentación al público, muestra todos sus efectos perniciosos al inmiscuirse en el trabajo que precede a la constitución del repertorio lexicográfico. Por ejemplo, los fascículos del *DH* no pasaron nunca de la “A” y el *Diccionario del español medieval* de Bodo Müller hace poco ha visto salir su último fascículo, el número 26, que comprende el segmento *allén/allende-almohatac*. En el caso del *NDH*, el criterio con que se han escogido las unidades léxicas que se tratarán en primer lugar (unos 50.000 lemas, muchos de ellos monosémicos), es su presencia constante desde los inicios del idioma hasta la actualidad. Es decir, no se considerarán en la primera etapa del proyecto, por un lado, voces vigentes solo durante la Edad Media o que actualmente están en desuso, y, por otro, voces que han entrado en una

etapa tardía, como los cultismos renacentistas y los galicismos de los ss. XVIII-XIX. Tampoco serán considerados en esta primera instancia los hápax y las formas que necesiten de mayor discusión filológica. Por todo esto, Pascual califica al resultado de esta primera etapa como un “prediccionario”, “una obra cuya primera etapa distará mucho de la perfección, pues se ha de dejar constancia explícita en ella de las dudas, vacilaciones y de cuantos problemas nos asalten, pendiente todo de una solución posterior, nuestra o ajena” (p. 27). Esta provisionalidad de los resultados no solamente se manifiesta en la constitución de la nomenclatura, sino también en varios aspectos del procesamiento microestructural de las unidades léxicas:

“En la primera vuelta que demos a esta inmensa parva lexicográfica que es el diccionario histórico no nos ocuparemos de la deseable perfección de las definiciones, de las distinciones excesivamente sutiles de sus acepciones, de la exhaustividad de los lemas, ni de resolver los problemas filológicos, que quedarán provisionalmente pendientes de solución hasta el último momento” (p. 20).

El lector encontrará en numerosos puntos del texto el tópico de “lo mejor es enemigo de lo bueno”, que parece ser el *Leitmotiv* detrás de la planificación del trabajo.

La introducción (“Algunas ideas sobre el Nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española”) explica las ideas fundamentales que subyacen al proyecto, que ya hemos explicado a grandes rasgos.

La primera parte contiene tres ensayos agrupados bajo el rótulo “Las palabras no están aisladas”. En ella se da a conocer sintéticamente una de las ideas fundamentales de la concepción de este trabajo: no es posible hacer la historia del léxico español sin atender a las relaciones entre sus elementos, especialmente a la evolución en el marco de subsistemas léxicos completos y clases léxicas, cuyos elementos ejercen múltiples influencias en una u otra dirección con sus cambios individuales. Por lo tanto, la información de los artículos del *NDH* hará mención de hechos como cambios en las colocaciones, cambios en la selección de rasgos semánticos de los argumentos de los verbos, cambios en la estructura argumental o la rección preposicional de los verbos, reorganizaciones (de contenido y de contexto de uso) en un subsistema léxico por el ingreso de un nuevo elemento y competencia entre sinónimos, entre otros. Con esto, se viene a poner de relieve por primera vez en la historia de este proyecto el carácter estructurado del léxico en forma explícita. Los trabajos de esta sección son “Las relaciones genéticas”, “¿Desde cuándo se cometen delitos?” y “¿Desde cuándo se imponen penas?” El primero de ellos explica los fundamentos de la propuesta general y muestra algunos ejemplos en los que esta necesidad se aprecia claramente, relativos tanto a la relación entre acepciones (lo que se ilustra con la historia semántica de *antojar*) como a la relación de las acepciones con términos emparentados (por ejemplo, la relación entre las acepciones de *antojar* y la historia de *antojo*). Los dos últimos ensayos son de autoría de García Pérez y dan cuenta de sendas investigaciones acerca del cambio en la selección de colocativo en algunas colocaciones verbo de apoyo – sustantivo, como las indicadas en sus

respectivos títulos. Indagaciones de esta índole aportan información que se puede aprovechar para, por lo menos, dos elementos de predicación lexicográfica. Primero, en el artículo del sustantivo (*delito* o *pena*) se podrá señalar, por ejemplo, cuándo *delito* (cultismo del s. XIV) pasa de apoyarse en el verbo *hacer*, al igual que un nutrido grupo de sustantivos que designaban tipos de delito, a seleccionar en forma exclusiva los verbos *cometer* en la lengua no técnica (ya en el s. XVIII) y *perpetrar* en la lengua jurídica (ya en el s. XIV). Segundo, esta misma información podrá ser entregada en el artículo correspondiente a uno de estos verbos, desde el punto de vista correspondiente a su historia.

La segunda parte lleva como título “Semántica y diccionario histórico”. En ella, se discute principalmente el problema de las acepciones y su definición, además de los ejemplos y las “formas de interés filológico”. Los tres primeros trabajos (“La organización de las acepciones”, “Sobre el establecimiento de las acepciones” y “Las acepciones “troncales””) muestran que los autores del *NDH* han asumido como principio metodológico para el análisis semántico una versión moderada de la llamada “navaja de Grice” (versión semántico-lingüística de la navaja de Occam). Esto quiere decir que pretenden huir del contextualismo extremo en la distinción de acepciones, que podría llevar a multiplicar innecesariamente la complejidad de los artículos. Por otro lado, en estos tres trabajos se intenta mostrar que la concepción relacional de la evolución del léxico afecta también al proceso de identificación de acepciones. En el primer ensayo se compara el *DH* con lo que se hará en el *NDH*, con el artículo correspondiente a *aderezar* como punto de referencia. Mientras en el *DH* se distinguían 29 acepciones de este verbo, agrupadas en seis ramas semánticas, en el *NDH* se distinguen solamente 15 acepciones agrupadas en dos grandes ramas. Entre las razones que multiplican las acepciones en el *DH* destaca la consideración de distintas clases de referentes relacionados con los argumentos de algunos verbos como síntoma de diferenciación de sentidos (así, por ejemplo, el *DH* distingue acepciones dependiendo de si *aderezar* tiene como complemento directo *punte* o *casa*). El principal problema del *DH*, en general, es que “sigue [para distinguir acepciones y subacepciones] criterios de combinatoria léxica que no siempre tienen repercusiones conceptuales” (p. 107). Otro gran problema corresponde a la confusión entre definición y contenido. Este último punto resulta de particular importancia en un diccionario histórico, pues se corre el peligro de insertar por la fuerza distinciones correspondientes al metalenguaje de definición (español actual) en el lenguaje que se está estudiando (español medieval o clásico, por ejemplo). En el segundo ensayo se explica que sería ideal no tener que acudir a la intuición y la experiencia personal del lexicógrafo en la identificación de acepciones, práctica legitimada (quizá no abiertamente) en gran parte de la lexicografía hispánica. En realidad, en un diccionario histórico esto no solamente es una opción o un ideal, sino un imperativo, dada la cantidad de personas que están involucradas en el trabajo. El examen de la práctica lexicográfica tradicional muestra que criterios como el acudir a la sinonimia y las colocaciones, a la distinción entre sentido recto y sentido figurado, o bien a las propiedades gramaticales, no pueden ser el único recurso para el análisis semántico

en un diccionario histórico. Mucho más interesantes y útiles para estos autores resultan sugerencias como las hechas por David Alan Cruse, autor que propone algunas pruebas muy concretas para determinar si dos usos de una unidad léxica son realmente sentidos diferenciados¹. Por ejemplo, si asumimos que dos sentidos diferenciados de una misma unidad léxica no se pueden construir en coordinación, ocurre que *construir*¹ (“edificar”, como en *construyó una casa*) y *construir*² (“crear ensamblando partes”, como en *construyó un aparato*) no podrían ser consideradas acepciones distintas (pues es perfectamente posible la frase *construyó una casa y un aparato*), mientras que ambas deberían diferenciarse de *construir*³ (“ordenar una serie de palabras en una oración”, como en *construyó una oración muy larga*), pues en este caso no es posible la coordinación (*?construyó una casa y una oración*). De todas maneras, los criterios tradicionales podrían convertirse en herramientas de corroboración secundarias que no deberían descartarse de plano. A esto se agregan criterios como el de la “derivación diferencial”, es decir, el seguimiento de las relaciones semánticas entre una unidad léxica y sus derivados, y otras ideas provenientes de la Lexicología Explicativo-Combinatoria de Igor Mel’cuk y sus colaboradores. El ensayo relativo a las “acepciones troncales” entrega un ejemplo de cómo a partir del conjunto de ocurrencias de una unidad (*abrazar* y *anudar*, en este caso) el material se puede cribar hasta llegar a identificar clases relativamente amplias enlazadas por su afinidad semántica (la que se puede identificar por diversos medios). En el capítulo relativo a las “formas de interés filológico” se explica con qué criterios se han identificado estas unidades que, según los planteamientos ya explicados, ocupan una posición relativamente marginal en la primera etapa de la investigación. El principal problema corresponde a la necesidad de procurar un equilibrio entre fidelidad a lo que contiene el corpus y la interpretación de esta información, es decir, sopesar adecuadamente la información cuantitativa y la cualitativa, estableciendo una jerarquía razonable entre voces marcadas y no marcadas, relevantes para la historia del léxico español o carentes de tal carácter. Entre las formas que, usando una expresión de estos autores, serán puestas “en cuarentena” se encuentran entradas o acepciones que son inexistentes (además de las “palabras fantasma”, las “falsas entradas” producto de la consideración de dos variantes morfológicas como dos lemas distintos, como en el caso de *añadir* y *añadir*), o que quedan fuera de la corriente principal de la historia (generalmente innovaciones particulares de algunos escritores, como el *antojuno* cervantino), o que en la actualidad son problemáticas pero que eventualmente podrían ser integrados en la explicación de la evolución del léxico (como el *treca* de un documento de Sahagún de 1061, que en realidad parece estar en el texto por *tresna*). Por último,

¹ Además de las obras de Cruse recogidas por Pascual y García Pérez en la bibliografía, una muy buena síntesis de este problema se puede encontrar en su estudio “Aspects of the micro-structure of word meaning”, en Yael Ravin y Claudia Leacock (eds.), *Polysemy. Theoretical and computational approaches*. Oxford: Oxford University Press, 2000, pp. 30-51.

también sufrirán este confinamiento algunos ejemplos problemáticos, que, por su carácter aislado respecto de la gran mayoría de los demás que se encuentran asociados a una unidad léxica, resultan más bien entorpecedores para el avance del trabajo. El texto que cierra la segunda parte y el libro contiene una discusión acerca de algunos problemas que se presentan en la selección de los ejemplos, tanto en cantidad como en calidad. Frente a la generalizada arbitrariedad que caracteriza a la lexicografía hispánica, en el *NDH* se intentará seguir los parámetros impuestos por las necesidades de los usuarios del diccionario. Se asume, en primer lugar, que en un diccionario histórico, de carácter decodificador y generalmente usado por lingüistas como fuente para sus investigaciones, los ejemplos documentales son absolutamente necesarios. La propuesta de los artífices del *NDH* consiste en, primeramente, hacer una evaluación previa de la documentación disponible. En cuanto a la cantidad de ejemplos, su soporte informático hará posible ofrecer dos niveles de consulta: uno básico, en que la ejemplificación sea la mínima y suficiente para entender la definición y el significado general de la palabra en cuestión, y otro avanzado, donde el lector podría acceder a la totalidad de los ejemplos disponibles, ordenados por fecha, tipo de texto u otro criterio de clasificación. El problema de la selección, entonces, se presenta en el nivel básico de consulta, donde podría llegar a aparecer un solo ejemplo, idealmente uno claramente romance (recuérdese que en la documentación medieval todavía hay casos difíciles de atribuir o bien al latín o bien al romance) y que sea muy ilustrativo del significado, no ambigüo, no correspondiente a metalenguaje (lo cual excluye ejemplos tomados de diccionarios o gramáticas), lo menos marcado posible (es decir, neutro social, estilística y geográficamente), y por último, perteneciente a un texto representativo de la época de mayor difusión de la unidad léxica o acepción en cuestión.

El libro que reseñamos, en conclusión, constituye, además de una primicia respecto del conocimiento de las características generales del *NDH*, un conjunto de interesantes reflexiones teóricas que los autores presentan ante los lectores como propuestas y opciones, muchas de ellas presentadas como provisionales, en forma muy prudente. Dicho conjunto puede resultar muy estimulante para quienes se interesen en la historia de la lengua y la lexicografía histórica, sobre todo porque permite vislumbrar las nuevas perspectivas que abrirá el *NDH* cuando sea publicado. Como señalan los autores, entre las utilidades que tendrá esta obra una vez terminada, junto con la función decodificadora (especialmente en textos antiguos), ostenta una importancia superior los datos que le entregue a la semántica histórica. Por poner un ejemplo, creemos que este diccionario podría contribuir a conocer en mayor detalle las tendencias regulares de cambio semántico en la lengua española. Muchas investigaciones actuales en semántica histórica muestran el interés existente por identificar "rutas" de cambio semántico, entendiendo por esto extensiones usuales, dominios fuente asociados regularmente a determinadas extensiones, etc. Por otra parte, este tipo de conocimiento permitiría establecer parámetros mucho más rigurosos para separar acepciones en los diccionarios sincrónicos. Se sabe que, en gran medida, las razones que se aluden para el señalamiento explícito de uno de los sentidos de una

unidad léxica como una acepción aparte tienen que ver con su impredecibilidad. El problema es que hasta ahora se sabe bastante poco sobre parámetros regulares que supuestamente constituirían el fundamento de estas predicciones. A menos que se quieran extender al español los hallazgos que se han hecho sobre otras lenguas (como el inglés), sin detenerse a comprobar su supuesto carácter “translingüístico”, simplemente no se puede saber a ciencia cierta qué es “predecible” en la evolución semántica del léxico español. Un diccionario histórico interesado en explicitar la evolución del léxico como conjunto de unidades relacionadas, como es el *NDH*, sería de inestimable ayuda para la resolución de este problema.

Por otra parte, junto con responder a las dudas que muchos especialistas podrían tener respecto del hasta ahora poco conocido proyecto, este libro hace surgir muchísimas preguntas más, que quizá ni siquiera se han planteado aún los mismos involucrados en su realización. Es probable que algunas de las cuestiones más inquietantes para los lingüistas hispanoamericanos estén relacionadas con la integración de América a esta historia léxica del español, lo que tiene por marco el problema de la integración de la variación diatópica en la investigación. ¿Habrá suficiente representatividad del español americano en cuanto al corpus, a partir del siglo XVI?, ¿tendrá el español de América un estatus similar al de las variedades internas del español peninsular?, ¿en qué grado quedarán representadas las variedades locales (de México, Argentina, Chile, etc.), y las variedades regionales de éstas (español rioplatense, español patagónico, español de hablantes indígenas bilingües de Chile, etc.)?, ¿tendremos que esperar hasta las etapas finales del proyecto para obtener respuestas a estas preguntas?, son algunas de las interrogantes que se nos vienen a la mente de inmediato. Además de estas, hay otras que tienen que ver con detalles mucho más específicos, como por ejemplo, ¿qué criterios se seguirán para analizar cambios de categoría gramatical?, ¿se reconocerán etapas intermedias en estos procesos?, ¿se usará un solo sistema de marcación sociolingüística, por ejemplo, suponiendo que sea válido para todas las épocas? Las preguntas de este tipo podrían llenar otro libro, por lo cual esperamos que el equipo a cargo del *NDH* continúe con la labor de divulgación, cumplida magníficamente con este trabajo dentro de los límites que se pone desde un comienzo.

DARÍO ROJAS GALLARDO
Universidad de Chile